

ELECTRO



JAVIER RUESCAS
MANU CARBAJO

ELECTRO

ELECTRO

JAVIER RUESCAS
MANU CARBAJO

edebé

© Javier Ruescas y Manu Carbajo, 2015

© de esta edición: Edebé, 2015
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones Generales: Reina Duarte
Diseño de la colección: Lola Rodríguez

Primera edición, septiembre 2015

ISBN 978-84-683-1629-1
Depósito Legal: B. 14423-2015
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A todos los que, cada mañana, encuentran
fuerzas para enfrentarse al mundo y vencerlo.*

J.R.

*A todos aquellos que, como el astronauta
que algún día pisará Marte, no dejan de soñar.*

M.C.

*No hay influencia buena; toda influencia es inmoral...
Inmoral desde el punto de vista científico.
Influir sobre una persona es
transmitirle nuestra propia alma.*

Oscar Wilde

1

Espejos.

Eso era lo último que Ray recordaba del sueño. Dos espejos que estallaban en pedazos cuando intentaba mirarse en ellos.

Sabía que le costaría seguir durmiendo. Sus pesadillas eran siempre así: apremiantes y carentes de sentido. Y en cuanto despertaba de ellas, no lograba recuperar el sueño.

Entreabrió los ojos y advirtió el tenue rayo de luz que se colaba por el hueco de la persiana de su habitación. Intentó incorporarse, pero una repentina oleada de dolor en la frente se lo impidió. Era como si la noche anterior se hubiera bebido todo el alcohol que quedaba en Origen.

Sin embargo, hasta donde recordaba, la noche anterior la había pasado en casa. En su habitación. Inmerso, después de la bronca con su madre, en uno de los libros sobre conspiraciones surrealistas que le había prestado su amigo Zack.

Se volvió para mirar el despertador de su mesilla, pero estaba apagado; debía de haberse quedado sin pilas a lo largo de la noche. Gruñendo, se cubrió el rostro con la mano y res-

piró hondo varias veces. No le hacía falta ver la hora para saber que era tarde. Muy tarde. Pasado el mediodía, probablemente. «Bravo, Ray», se dijo a sí mismo. «Otra mañana más desperdiciada con la almohada».

Le extrañaba que su madre no le hubiera despertado a gritos para que sacara a pasear a Smeagol. Pero más raro aún era que ese san bernardo con complejo de chihuahua no se hubiera colado ya en el cuarto para reclamar su atención a lame-tones. Tal vez, cansada de tener que pedirle todas las mañanas lo mismo, su madre había preferido pasarlo ella misma. A lo mejor, sencillamente, seguía enfadada con Ray.

La relación con ella se había vuelto bastante tensa desde que habían ascendido a su padre en el laboratorio. Y había empeorado cuando Ray les había dicho que pensaba abandonar Origen y matricularse en una prestigiosa universidad de Estados Unidos para estudiar Meteorología. A su padre le había parecido una idea estupenda, pero tanto Ray como su madre eran conscientes de que, si él se iba del pueblo, ella se quedaría aún más sola en aquella casa, y por eso cada día encontraba una nueva excusa para que su único hijo no la abandonase. Sin embargo, él ya había tomado una decisión y no estaba dispuesto a cambiar de idea.

La discusión había vuelto a surgir la noche anterior, tras la cena. Cansado, le había repetido casi a gritos sus razones y había puesto punto final a la bronca con un portazo en su cuarto.

Sin su padre en casa, Ray era muchas veces el único que le daba las buenas noches antes de irse a dormir. Seguramente seguía dolida y por eso ni le había despertado. Ya hablaría con ella más tarde, se dijo.

Logró levantarse al segundo intento, mientras el dolor viajaba hasta la boca de su estómago. Resopló. Definitivamente, algo debía de haberle sentado mal.

Se encaminó a la ventana renqueando, pero tropezó y acabó empotrado en la enorme estantería de películas ordenadas por orden alfabético. El golpe de su cuerpo contra la moqueta, bajo una lluvia de carátulas, fue todo lo que necesitó para despertarse por completo.

Entre gruñidos, se volvió a incorporar, agarró la correa de la persiana y tiró con fuerza. Durante unos segundos, una luz blanquecina bañó todo el cuarto, pero el furioso tirón de Ray hizo que la cinta se partiera y, con un golpe seco, la oscuridad se lo tragara todo de nuevo.

«Muy bien, Ray», se repitió. «Bravo. Ahora sí que te has cubierto de gloria».

Se dirigió al baño para despejarse con un buen chorro de agua en la cara.

Se miró al espejo, temeroso de que fuera a romperse como el de la pesadilla. Pero tan solo se encontró con el mismo rostro de siempre, si bien algo más desaliñado. El pelo moreno que había heredado de su padre le daba, como cada mañana, los buenos días con multitud de remolinos. Los ojos de color miel, idénticos a los de su madre, recorrieron el rostro barbilampiño mientras se masajeaba la cara con la mano. A sus diecisiete años, y con casi un metro noventa de altura, Ray no era un chaval que pasara desapercibido en ninguna parte. Y menos cuando perdía el control de sus extremidades y la armaba tan gorda como en su cuarto. Como decían sus compañeros de clase, tenía un don para tropezarse hasta con las rayas de los pasos de cebra.

Abrió el grifo para dejar correr el agua, pero durante los primeros segundos solo se escuchó un ruido que poco tenía que envidiar al que producía su estómago. Un último eructo proveniente de la tubería hizo que el grifo comenzara a escupir un líquido oscuro y desagradable. El agua salía embarrada. Extrañado, Ray la dejó correr durante unos pocos segun-

dos más hasta que comenzó a salir limpia. Se echó un poco en los ojos y volvió a mirarse en el espejo. Cada vez tenía más claro que ese día no debería haber empezado.

Regresó a su cuarto y apretó el interruptor de la pared, pero no sucedió nada. Insistió un par de veces más, en vano. ¿La casa entera había decidido castigarle aquella mañana? Guiado solo por la luz que se colaba desde el pasillo, sacó de su armario un pantalón y unas zapatillas. Volvió a recordar la discusión con su madre y sintió una punzada de culpabilidad que enseguida mutó en una de orgullo. No pensaba dejar que se saliera con la suya: iba a marcharse, le gustara o no.

Podía imaginarla sentada en la cocina, tan tranquila, tomándose su té de frutas y leyendo alguna novela romántica de esas que tanto le gustaban. Con suerte, ni siquiera estaría enfadada. Conociéndola como la conocía, se limitaría a ignorar todo lo que había ocurrido la noche anterior. Y, por una vez, Ray deseó que fuera de esa manera.

—¡Mamá, no funciona la luz en mi cuarto! —gritó mientras bajaba las escaleras—. Y al agua le pasa algo... raro.

Ray se detuvo desconcertado en el vestíbulo que conectaba la cocina con el salón-comedor. Enseguida confirmó que su madre no estaba. De hecho, no había absolutamente nadie en toda la casa, ni siquiera Smeagol. De pronto Ray se sintió incómodo en aquel lugar. Como un extraño. Era su casa, sí, pero notaba que algo había cambiado.

—¿Mamá? —volvió a preguntar—. ¿Smeagol?

No obtuvo respuesta. «Habrás ido a pasearlo», se convenció. «Sí, seguro que está dando una vuelta con el gordinflón». Aquella deducción le tranquilizó durante unos breves segundos, al menos hasta que se volvió hacia la ventana. Daba a la parte delantera de la casa y Ray no creyó lo que vieron sus ojos.

Se aproximó al cristal, aturdido, y parpadeó para asegu-

rarse de no estar sufriendo ninguna alucinación: la calle que él recordaba había dejado de existir. La que ahora contemplaba estaba destrozada. Literalmente. Parecía como si un huracán o un terremoto, o alguna otra catástrofe natural, hubiera arrasado con todo a su paso.

Muchas de las casas tenían los cristales rotos y las puertas desencajadas; otras se habían venido abajo. Había coches mal aparcados sobre las aceras, en mitad de la carretera y hasta volcados y con las puertas abiertas, como si los hubieran saqueado.

—Pero qué... —no terminó la frase; salió corriendo a la puerta principal para cerciorarse de que el paisaje devastado que estaba viendo era real.

Puso un pie en el porche para salir, y las maderas crujieron como si estuvieran podridas por el tiempo. Era como si, en lugar de unas pocas horas, hubieran pasado décadas.

Todo estaba viejo, deteriorado, desgastado.

El asfalto, al que apenas había prestado atención, estaba levantado: la vegetación había atravesado el alquitrán y había colonizado gran parte de la carretera. El jardín del señor Anderson, su vecino de enfrente, tan limpio y cuidado siempre, parecía ahora una jungla devorada por las hierbas altas.

La naturaleza y el silencio se habían adueñado de la calle. Y no había nadie. Absolutamente nadie.

«Tiene que ser una pesadilla. Tengo que estar soñando. Tengo que seguir soñando», se decía a sí mismo. «Prefiero los espejos a esto».

Se obligó a tranquilizarse, aunque era inútil. El exterior de su casa presentaba el mismo aspecto que el del resto de las viviendas de la urbanización: los ladrillos se veían desgastados y las enredaderas habían devorado parte de las paredes.

Ray volvió a entrar y cerró la puerta. Aquello no tenía sentido: ¿cómo podía seguir todo igual allí dentro mientras el

mundo había cambiado tanto en el exterior? ¿Dónde estaban sus padres? ¿Acaso le habían abandonado mientras dormía? Un escalofrío de confusión y pánico le recorrió el espinazo.

Quizás su madre se había encerrado en su cuarto de baño y por eso no lo había escuchado antes.

Subió de nuevo las escaleras, anhelante, saltándose los escalones de dos en dos, pero cuando llegó a la habitación de sus padres la encontró tan vacía como el resto de la casa.

Se quedó en el pasillo durante unos minutos, respirando hondo y sin saber qué hacer.

—Esto no puede estar pasando... —susurraba para sus adentros mientras se frotaba las sienes—. Estoy soñando. Venga, Ray. Despierta.

Sus palabras fueron interrumpidas por un fuerte golpe. Venía del exterior.

Esperanzado, corrió de vuelta al cuarto de sus padres y se asomó a la ventana, pero lo que vio le produjo aún más miedo del que ya tenía.

Siete casas más allá, un grupo de personas intentaba entrar en uno de los chalets abandonados. Los vándalos arremetían con fuerza contra las maderas que los dueños, en algún momento, habían decidido colocar para tapiar las puertas y las ventanas; como si se hubieran querido proteger de algo.

Eran saqueadores, comprendió el chico. E iban armados. No alcanzaba a ver con detalle la escena, pero tampoco lo necesitaba para saber que la banda iría subiendo la calle y que acabarían entrando en su casa.

¿Y qué pasaría entonces? ¿Le matarían? ¿Y si en ese momento aparecía su madre? «Mierda, mamá...», pensó, y comenzó a agobiarse de verdad al no saber dónde estaban sus padres. ¿Y si esos hombres, u otros distintos, los habían secuestrado? ¿Y si ya habían entrado en su casa mientras él dormía? Pero entonces, ¿por qué no le habían visto? ¿Acaso

su madre se había interpuesto y por eso se la habían llevado? ¿Se habría sacrificado por él?

Por primera vez en aquella mañana de locos se le pasó por la cabeza que no volvería a ver a sus padres. Que igual alguien los había matado. Y a Smeagol también.

Que estaba solo.

Un repentino ataque de pánico le obligó a sentarse en el suelo para recuperar la respiración. El dolor de cabeza había remitido, aunque el estómago seguía reclamando su atención.

De repente sonó un nuevo golpe. Esta vez más cerca. Ray se asomó sin levantarse y vio que tres hombres del grupo estaban entrando en la siguiente casa.

«Tengo que salir de aquí, ¡ya!».

Ray se precipitó a la planta principal y rebuscó en uno de los armarios de la cocina hasta dar con una linterna. Soltó un suspiro de alegría cuando comprobó que funcionaba. A continuación, subió corriendo a su cuarto, se abrió paso a golpes entre las películas del suelo y comenzó a meter algo de ropa en una mochila. Su intuición le decía que más le valía llenarla porque igual tardaría en volver. Ni siquiera se atrevía a pensar en lo que había podido suceder, en que quizás todo el mundo estuviese...

—¡Para! —se ordenó en voz alta.

Cerró la mochila tras meter varios pares de mudas, otro pantalón y unas camisetas, y se puso la primera sudadera que encontró.

Justo antes de irse, su linterna enfocó el teléfono móvil que tenía encima de la mesa de noche.

«¿Cómo no he caído antes?».

Lo agarró con fuerza, lo encendió y esperó a que saliera la señal. Nunca la palabra *buscando...* le había puesto tan sumamente nervioso. Ray estaba sentado en la cama, mordiéndose las uñas y agitando de forma inconsciente su pierna derecha.

—Vamos, vamos...

El ruido de unos cristales rotos le hizo dar un respingo justo cuando el mensaje de Sin señal aparecía en la pantalla del móvil.

—¡Mierda! —exclamó.

Se guardó el aparato en uno de los bolsillos de la mochila, y el cargador por si las moscas, y bajó corriendo las escaleras. Antes de irse, abrió la nevera para llevarse algo que comer, pero el olor putrefacto que salió del electrodoméstico le provocó unas arcadas que a duras penas fue capaz de controlar. Ahí dentro estaba todo podrido; el moho y los gusanos se habían convertido en los reyes de la nevera. ¿Cómo era posible, si su madre había guardado las sobras de la cena hacía unas horas? ¿Cuánto tiempo debía de haber pasado para que la comida llegara a ese estado?

Aturdido, abrió los estantes de la encimera y cogió un par de latas y unas galletas que tenían una pinta más o menos decente. También se guardó una de las botellas de agua que su madre siempre tenía en uno de los armarios.

Lanzó un último vistazo a todo. Ahora sí que no reconocía su casa. O, mejor dicho, no se reconocía a él mismo en ella. Era como si su propio hogar lo rechazara por ser lo único que no estaba cubierto de polvo.

Ray inspiró y se dirigió a la puerta principal, pero justo antes de abrirla se percató de que los supuestos saqueadores estaban a tan solo cuatro casas. Si salía por delante, lo verían. Se fijó, además, en que todos ellos llevaban la misma vestimenta militar y que iban armados con porras, hachas y cuchillos.

Sin tiempo que perder, se dirigió a la puerta que daba al patio trasero de su casa. Desde allí podría saltar al de los vecinos, que conducía a una bocacalle perpendicular.

El suyo no era, para nada, un parterre frondoso; más bien todo lo contrario: era tan árido que, por mucho que sus pa-

dres se habían empeñado, jamás lograron que creciera ni una mísera brizna de hierba. Ahora el suelo seco se había endurecido y había brotado algo de maleza, y la caseta del san bernardo seguía en su sitio, aunque con la madera podrida y descolorida, pasto de las termitas.

Todo, en definitiva, estaba más o menos igual salvo por una cosa.

En mitad del jardín, inerte y con el pelo derramado sobre la tierra, yacía el cuerpo de una mujer rubia que sostenía en su mano lo que parecía un pequeño cuaderno negro.

